

Pol y la semilla de la luna

Había una vez, en Calella, un pequeño pueblo junto al mar, un niño de tres años llamado Pol. Era un niño curioso, con unos ojos brillantes como estrellas y una sonrisa que calentaba el corazón de todo el que le conocía. Siempre iba acompañado de su fiel perrita Coco, una labradora de pelo suave y dorado, que nunca se separaba de él.

Una tarde, mientras paseaban por la riera, encontraron una pequeña semilla plateada que brillaba como si estuviera hecha de luz de luna.

—¿Qué será esto, Coco? —preguntó Pol.

Pero antes de que la perrita pudiera ladrar, una voz suave y misteriosa salió de la semilla:

—Soy la Semilla de la Luna. Si me plantas en el lugar correcto, ¡te llevaré hasta el Reino de las Olas! Pero ten cuidado, porque el malvado Viento del Olvido quiere robarme y hacerme desaparecer para siempre.

Pol, emocionado, decidió encontrar el lugar perfecto para plantar la semilla. Así empezó su aventura por Calella.

Primero, Pol y Coco fueron a la playa grande, donde la arena era cálida y suave. Pero cuando Pol hizo un agujerito para plantar la semilla, una fuerte ola la empujó atrás.

—¡Aquí no es, Coco! ¡Buscamos otro sitio!

Corrieron hacia el Faro de Calella, pensando que la luz de la semilla podría brillar aún más desde allá arriba. Pero cuando estaban a punto de plantarla, un viento helado sopló tan fuerte que casi la perdían.

—¡El Viento del Olvido! —exclamó Pol, abrazando su semilla con fuerza.

Coco empezó a oler el aire y, con un ladrido entusiasta, salió corriendo hacia el Parque Dalmau. Pol la siguió, sorteando las alargadas sombras de los árboles centenarios. En el centro del parque, encontraron un viejo roble con raíces profundas y un rincón tranquilo al que el viento no llegaba.

—¡Este es el sitio! —dijo Pol, cavando con sus manitas.

Con mucho cuidado, plantaron la semilla. De repente, la tierra tembló levemente y de dentro salió un brote brillante, que crecía y crecía hasta convertirse en una escalera hecha de luz y espuma de mar.

—¡Es el camino hacia el Reino de las Olas! —gritó Pol, cogiendo la patita de Coco.

Pol y su perrita subieron por la escalera y se encontraron en un mundo hecho de coral, nubes de agua y delfines voladores. Los habitantes del Reino de las Olas les dieron la bienvenida y les ofrecieron un tesoro: una pequeña concha dorada que guardaría para siempre el recuerdo de esta aventura, para que el Viento del Olvido no pudiera hacerla desaparecer.

Cuando Pol despertó al día siguiente, estaba en su cama, con Coco durmiendo a sus pies. Pero sobre la mesita de noche estaba la concha dorada, brillando suavemente bajo la luz del sol de la mañana.

Y así, Pol entendió que las aventuras son reales para quien tiene el corazón abierto a la magia del mundo.

Y colorín colorado, Pol y Coco han vuelto encantados y este cuento se ha acabado.